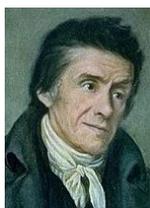


## El apego



**Cartas sobre la educación de los niños**

**Johann Heinrich Pestalozzi**

(Zúrich, 1746 - Brugg, 1827)

---

### CARTA DECIMACUARTA

---

17 de diciembre de 1818.

Mi querido Greaves:

Por las razones alegadas en mi última carta, *me creo autorizado a pensar que el amor maternal es el agente más poderoso y que el afecto es el motivo primitivo en la primera educación.*

En el primer ejercicio de su autoridad, la madre tendrá, por consiguiente, la precaución de que cada etapa pueda ser justificada por su conciencia y por la experiencia; hará bien en pensar en su responsabilidad y en las consecuencias importantes de sus medidas para el bienestar futuro de su hijo; encontrará que la única visión correcta de la naturaleza de su propia autoridad consiste en mirarle como un deber más que como una prerrogativa y no considerarla nunca como absoluta.

*Si el niño permanece quieto, si no es impaciente ni intranquilo, será por cuenta de la madre.*

Desearía que toda madre prestase atención a la diferencia que hay entre un curso de acción adoptado en combinación con la autoridad y una conducta perseguida por cuenta de otro.

El primero procede del razonamiento y la segunda del afecto. El primero puede ser abandonado cuando la causa inmediata ha cesado de existir; el último será permanente puesto que no depende de las circunstancias ni de consideraciones accidentales, sino que está fundado en un principio moral y constante.

En el caso que ahora tratamos, *si el niño no defrauda la esperanza de la madre, será una prueba primero de afecto y después de confianza.*

*De afecto, porque el primero y más inocente deseo de halagar, del niño, es halagar a la madre. Si se discute el que pueda o no existir este deseo en un grado tan*

poco avanzado de crecimiento, otra vez, como en las demás ocasiones, apelaría a la experiencia de las madres.

*Y también es una prueba de confianza. Cuando se ha abandonado a un niño y no se ha prestado las atenciones debidas a sus necesidades, y cuando, en vez de la sonrisa de bondad, se le ha tratado con el ceño de la severidad, será difícil restaurar en él aquella quieta y amable disposición en que pueda esperar la satisfacción de sus deseos sin impaciencia y gozarlos sin ansia.*

*Si el afecto y la confianza han ganado una vez terreno en su corazón, será el primer deber de la madre hacer todo lo que esté en su mano para estimular, fortalecer y elevar este principio.*

Ella debe estimularlo, o la emoción todavía tierna se sumergirá y al dejar de estar ligados sus hilos con la simpatía cesarán de vibrar y quedarán en silencio. Pero el afecto no ha sido nunca estimulado sino por la afección; y la confianza no ha sido ganada nunca sino por la confianza; el tono de su propio espíritu debe elevar el de su hijo.

Porque ella debe intentar también fortalecer este principio. Ahora bien, *sólo hay un medio para fortalecer cualquier energía, y este medio es la práctica.* El mismo esfuerzo constantemente repetido, se hará cada vez menos difícil y todo poder mental o físico actuará, mediante el ejercicio, con creciente seguridad y éxito, conforme se vaya haciendo familiar por costumbre. *No puede, por consiguiente, haber una actitud más segura para la madre, que la de procurar cuidadosamente que sus procedimientos puedan ser calculados sin interrupción o disonancia, para excitar el afecto y para asegurar la confianza de su hijo.* No debe dar paso al mal humor ni al tedio ni un solo momento; porque es difícil decir cómo puede ser afectado el niño por las más insignificantes circunstancias. No puede examinar los motivos ni puede anticipar las consecuencias de una acción: con poco más que una impresión general del pasado, es enteramente inconsciente del futuro; y así, el presente abruma el espíritu del niño con el pleno peso del dolor o lo ablanda con el encanto íntegro de las emociones placenteras. Si la madre considera esto, bien podrá ahorrar a su hijo el sentimiento de muchos dolores que, aunque no se recuerden como ocasionados por ocurrencias especiales, pueden dejar, sin embargo, como una nube en su espíritu y debilitar gradualmente aquel sentimiento que su interés y su deber, conjuntamente, le aconseja mantener despierto.

Pero no es bastante para ella estimular y fortalecer, debe también elevar aquel mismo sentimiento.

No debe quedar satisfecha con el éxito que la benevolencia de sus propias intenciones, y quizá, la disposición y temperamento de su hijo, pueden haber facilitado: debe recordar que la educación no es un proceso uniforme y mecánico, sino una obra de mejoramiento gradual y progresivo. Su éxito presente no debe lanzarle a la seguridad o la indolencia; y las dificultades que pueda casualmente encontrar, no deben debilitar su celo ni detener sus tendencias. Debe llevar en el espíritu el fin último de la educación; debe estar siempre dispuesta a compartir la obra que, como madre, está obligada a desenvolver: la elevación de la naturaleza moral del hombre.

---